

# *Inmigrantes refugiados. Encuentro y acogida*

**Por Mons. Carlos Amigo Vallejo  
Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla**

Cada día es mayor el número de personas que llama a nuestra puerta para que les demos un sitio en nuestra casa. Son los inmigrantes y refugiados, aquellos que han tenido que dejar lo que tenían, casa y familia, para buscar un lugar donde poder vivir y trabajar y ser reconocidos en su incuestionable dignidad humana.

Detrás de cada uno de esos emigrantes y refugiados hay toda una historia de sufrimiento (separación de la familia, hambre, riesgo de la propia vida...), de inseguridad e incertidumbre (rechazo, xenofobia, limitaciones legales, clandestinidad, desempleo...), de soledad (desarraigo de la propia cultura, desconocimiento del idioma, racismo...).

El tema de la movilidad humana es un signo de los tiempos que está exigiendo una profunda reflexión sobre la globalización, el deseo de unidad entre todos los pueblos, el respeto a las diferencias, la acogida y la hospitalidad a quienes no tienen más remedio que emprender el camino buscando algo de bienestar e incluso para salvar su propia vida.

Si la globalización del fenómeno migratorio es una realidad incuestionable, también lo ha de ser el de la caridad, la justicia

y el derecho para todos los pueblos. Más que humanidad y acogida, los inmigrantes y refugiados encuentran rechazo y marginación. Se les considera poco menos que como una peligrosa invasión de pobres, de competidores en el empleo, de gentes diferentes, de amenaza a la seguridad del bienestar. Hay como una especie de sentimiento de superioridad, sin acertar a ver cuál sea la razón objetiva de ese sentirse superior. Nadie quiere señalarse como racista o xenófobo, pero los comportamientos excluyentes respecto a los inmigrantes son más que evidentes.

Son menos los prejuicios, las sospechas, los miedos, los recelos acerca de los inmigrantes y refugiados. Ciertamente, son diferentes, igual que lo somos nosotros para ellos. La integración no supone anular cultura, religión, idiosincrasia, sino aceptación de la diferencia y pluralidad, de las libres opciones de pensamientos y de creencias.

Estas oleadas de refugiados e inmigrantes que llegan desde unos lugares de pobreza, inestabilidad, violencia y guerra suscitan no poca desconfianza y hasta rechazo. Incluso, como dice el Papa Francisco «a causa de la debilidad de nuestra naturaleza sentimos la tentación de ser

cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor... Aquí se sitúa la vocación de la Iglesia a superar las fronteras y favorecer el paso de una actitud defensiva y recelosa, del desinterés o de la marginación a una actitud que ponga un fundamento la *cultura del encuentro*, la única capaz de construir un mundo más justo y fraterno».

Ninguno puede desinteresarse, como cristiano, de lo que afecta a la persona, en este caso al inmigrante y al refugiado. Tendremos que acercarnos a ellos, conocer su vida y sus dificultades, emprender acciones de justicia, para que se reconozcan sus derechos; de solidaridad, para contribuir con el remedio que necesitan; de caridad fraterna, para que sientan la cercanía del hermano; de diálogo ecuménico e interreligioso, para compartir la fe en Dios, Padre de todos.

No basta conocer el problema, sino como cristianos hemos de ser capaces de pasar «de una cultura del rechazo a una cultura del encuentro y de la acogida» (*Francisco*)..., porque en el rostro de cada persona está impreso el rostro sufriente de Cristo. De una manera particular ese rostro se refleja en los más desvalidos, como pueden ser los inmigrantes y refugiados. La caridad de Cristo no sabe de fronteras ni de límites. Es un amor sin medida ni precio. Ni nadie excluido, todos son recibidos como hijos de Dios y pertenecientes a nuestra misma fraternidad universal.

Con la justicia y el derecho. Que no se va a resolver el problema con muros y alambradas. Mejor sería que esas personas no se vieran obligadas a llegar a otras fronteras porque en sus propios países, con su familia y con los suyos, tuvieran aquello que van buscando en otro lado. Se necesita una legislación justa y adecuada y una generosa y eficaz política, tanto en el país de origen como en el receptor, de un reco-



nocimiento efectivo de los derechos fundamentales.

Se trata ciertamente de una cuestión muy compleja y con problemas de todo tipo. Sin embargo, esa misma dificultad tiene que afianzar más el empeño por buscar las soluciones adecuadas. Pero suele ocurrir lo contrario. Es decir, que como el problema es de tal envergadura, la inhibición suele ser la respuesta. También puede aparecer el recurso a la distancia, pretextando que hay muchas personas necesitadas entre nosotros, como para atender a los lejanos. Al final ni se presta atención a los de cerca ni a los que se supone más lejos.

Un tema tan grave, complejo y extendido requiere unas soluciones justas y adecuadas a cada situación. Tienen que ir desde la cooperación internacional como «llave con las normativas internacionales capaces de armonizar los diversos ordenamientos legislativos, con vistas a borrar guardar las exigencias y los derechos de las personas y las familias inmigrantes, así como los de las sociedades de destino» (*Caritas in veritate*, 62).

«En la raíz del Evangelio de la misericordia, el encuentro y la acogida del otro se entrecruzan con el encuentro y la acogida de Dios: acoger al otro es acoger a Dios en persona» (*Francisco*).

**Carlos Amigo Vallejo**

*Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla*

## Ver. Mirada creyente

«Los inmigrantes que se ahogan en el Mediterráneo son víctimas de un sistema que no ha sido capaz de promover un desarrollo sostenible» Michel Camdessus, exdirector del FMI.

- Busca un hecho de vida donde se muestre que si la globalización del fenómeno migratorio es una realidad incuestionable, también lo ha de ser el de la caridad, la justicia y el derecho para todos los pueblos.

## Juzgar. Reflexión creyente

«El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge

a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado» (Mc 9,37; cf Mt 18,5; Lc 9, 48; Jn 13, 20). «Con estas palabras, los evangelistas recuerdan a la comunidad cristiana una enseñanza de Jesús que apasiona y, a la vez, compromete. Estas palabras en la dinámica de la acogida trazan el camino seguro que conduce a Dios, partiendo de los más pequeños y pasando por el Salvador» (Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada Mundial del Migrante y del refugiado 2017).

- Después de meditar con estos textos: ¿Qué llamadas recibes? ¿Siento que los emigrantes y refugiados son una oportunidad para mí, para nosotros como hijos de Dios?



«Hay mucha indiferencia ante el sufrimiento. Esta indiferencia debe ser contrastada con actos concretos de caridad».

PAPA FRANCISCO

Escultura: "Todo lo que hicieron", representación de Jesús mendigo basada en el Evangelio de Mateo 25:40: «Todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí». Fue realiza por el artista canadiense Timothy P. Schmalz.



## Actuar. Transformación creyente

«Este fenómeno es un signo de los tiempos, un signo que habla de la acción providencial de Dios en la historia y en la comunidad humana con vistas a la comunión universal». (Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada Mundial del Migrante y del refugiado 2017).

«No os canséis de dar con audacia un buen testimonio del Evangelio, que os llama a reconocer y a acoger al Señor Jesús, presente en los más pequeños y vulnerables». (Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada Mundial del Migrante y del refugiado 2017)

- Hemos celebrado un Año intenso, en el que la gracia de la misericordia se nos ha dado en abundancia. Concreta un compromiso que te acerque a la cultura del encuentro, la única capaz de construir un mundo más justo y fraterno.

### Oración del Papa Francisco por los refugiados

Dios de Misericordia,  
te pedimos por todos los hombres, mujeres y niños  
que han muerto después de haber dejado su tierra,  
buscando una vida mejor.

Aunque muchas de sus tumbas no tienen nombre,  
para ti cada uno es conocido, amado y predilecto.

Que jamás los olvidemos,  
sino que honremos su sacrificio con obras más que con palabras.

Te confiamos a quienes han realizado este viaje,  
afrontando el miedo, la incertidumbre y la humillación,  
para alcanzar un lugar de seguridad y de esperanza.



Así como tú no abandonaste a tu Hijo cuando José y María lo llevaron a un lugar seguro,  
muéstrate cercano a estos hijos tuyos a través de nuestra ternura y protección.

Haz que, con nuestra atención hacia ellos, promovamos un mundo en el que nadie se vea forzado a dejar su propia casa y todos puedan vivir en libertad, dignidad y paz.

Dios de misericordia y Padre de todos, despiértanos del sopor de la indiferencia, abre nuestros ojos a sus sufrimientos y líbranos de la insensibilidad, fruto del bienestar mundano y del encerrarnos en nosotros mismos.

Ilumina a todos, a las naciones, comunidades y a cada uno de nosotros, para que reconozcamos como nuestros hermanos y hermanas a quienes llegan a nuestras costas.

Ayúdanos a compartir con ellos las bendiciones que hemos recibido de tus manos y a reconocer que juntos, como una única familia humana, somos todos emigrantes, viajeros de esperanza hacia ti, que eres nuestra verdadera casa, allí donde toda lágrima será enjugada, donde estaremos en la paz y seguros en tu abrazo. 